

AGENDA CIUDADANA

NUNCA TAN POCOS

Lorenzo Meyer

Los Antihéroes.

Nunca, en el campo de la economía neoliberal, tantos fueron tan dañados por tan pocos. La afirmación anterior esta inspirada en el famoso discurso que pronunciara Winston Churchill en la Cámara de los Comunes el 20 de agosto de 1940, en homenaje a los pilotos de caza de la Real Fuerza Aérea por su conducta en la Batalla de Inglaterra. La otra fuente de inspiración -la que obliga a darle un sentido inverso al original-, es el anuncio que se hizo el 9 de marzo del plan de choque económico con que Ernesto Zedillo y su gabinete económico coronaron los primeros cien días de lo que amenaza ser el sexenio más largo de nuestro siglo veinte. Tras conocerse el nuevo plan económico, se dijo que México iba a vivir en el equivalente a una economía de guerra. Quizá, pero aunque aquí el enemigo es justamente quien supuestamente está a cargo de la defensa. Por ello, si la cita original es un homenaje a un puñado de valientes -"Nunca en el campo de los conflictos humanos, tantos debieron tanto a tan pocos"- la que inicia este párrafo es un antihomenaje a un puñado de antihéroes: los altaneros tecnócratas neoliberales que, sin gloria, perdieron la batalla de México.

¿Una Luz en la Oscuridad?.

Pero no debemos dejarnos invadir por el sentimiento de la derrota, hay que ser optimistas, aunque cautelosos y muy desconfiados. Pero ¿de donde podría venir una pizca de optimismo cuando desde lo alto del gabinete económico se augura una caída

del producto interno bruto del 2% (va a ser más), desempleo a 750 mil personas en unos meses, inflación del 42% (quizá sea más), aumento del IVA del 10% al 15%, aumento del 35% en el precio de la gasolina y del 20% en las tarifas eléctricas y de gas pero únicamente del 10% en los salarios mínimos? ¿Optimismo cuando día a día se descubren nuevas muestras de la corrupción de los mal llamados servidores públicos? Pues bien, dentro de un panorama tan negro, un átomo de optimismo sólo puede venir del hecho que la acumulación de errores y corrupciones de la clase dirigente aunada a una lenta pero creciente conciencia ciudadana, abren la posibilidad de poner fin en un futuro no muy lejano, al largo período de vida autoritaria. Incluso para un electorado tan conservador y tan manipulado por los medios como es el mexicano, hay límites a la resignación.

Para que el autoritarismo y la antidemocracia dejen de ser la característica dominante de la política mexicana, es indispensable que el presidencialismo sea transformado, que se le obligue a dejar de ser lo que hasta ahora ha sido, que se le despoje de sus enormes poderes metaconstitucionales y anticonstitucionales, y que se permita, por fin, el surgimiento de un poder legislativo y poderes locales dignos de tal nombre. Para ello también es condición necesaria que el desprestigiado partido de Estado deje de existir como tal.

La posibilidad de una transformación política sustantiva, se basa no sólo en la cadena de errores, ineficiencias y corrupciones de un sistema de poder monopólico, sino también en los cambios sociales y culturales que han tenido lugar en México

en los últimos cinco lustros y que han permitido el surgimiento de partidos de oposición reales y organizaciones ciudadanas independientes. Sin embargo, es a raíz de los grandes descalabros económicos de 1982 a la fecha -y de la consiguiente pérdida de prestigio de la clase política priísta con sus propias bases-, que se ha acelerado el tiempo histórico de la política mexicana. El correr de este nuevo tiempo ha corroído los cimientos de los dos grandes pilares del autoritarismo tradicional mexicano: a) la presidencia sin contrapesos y b) el partido de Estado.

La democracia no es, desde luego, el único e inevitable final del largo *via crucis* político mexicano. El deterioro acelerado de la presidencia y su partido, bien pueden llevar a que la destrucción del viejo sistema de poder se de a un ritmo mayor del que es posible construir la nueva institucionalidad democrática. De ser este el caso, puede surgir un vacío de poder que bien pudiera ser llenado por otra forma de autoritarismo, más directo y brutal que el actual. Sin embargo, la posibilidad de un final catastrófico del neoliberalismo mexicano es hoy menos alta que en el pasado. En efecto, en la actualidad ya existe una parte de la sociedad mexicana que se ha echado a andar por si misma en busca de un futuro político distinto al presente, y prueba de ello es que en agosto de 1994 la mitad del electorado voto en contra del partido de Estado. La nueva ciudadanía no aceptaría de buen grado transitar de un tipo de antidemocracia a otro. Por otro lado, sin la guerra fría como justificación de una dictadura abierta -el anticomunismo como excusa para proceder contra el "enemigo interno"-, sería muy difícil para Estados Unidos y para

los otros grandes socios comerciales y financieros de México, aceptar como legítimo a un nuevo autoritarismo al sur del Río Bravo. Así, por motivos internos y externos, lo viable, aunque no inevitable, es la democracia.

La Crisis del Presidencialismo.

El presidencialismo mexicano ha sido, hasta fecha muy reciente, sinónimo de sistema político. Por mucho tiempo, uno y otro fueron casi equivalentes, y fuera del amplio manto presidencial, todo era marginal. Hoy, en esas márgenes ya hay fuerzas políticas sustantivas y se esta destruyendo ante nuestros ojos la base de legitimidad de ese presidencialismo sin límites, irresponsable y corrupto en extremo: según cálculos de la CIA, Luis Echeverría uso la presidencia para amasar una fortuna de entre 300 y mil millones de dólares, José López Portillo de mil a tres mil millones y Miguel de la Madrid únicamente cien millones de dolares. (Reforma, 15 de marzo).

La base tradicional en la que se asentaba la enorme fuerza de la presidencia desde que el presidente Lázaro Cárdenas la rescató de manos del "Jefe Máximo", el general Plutarco Elías Calles, nunca fue el voto. La democracia política era prácticamente imposible en el nuevo régimen, pues la Revolución Mexicana triunfó en el campo de batalla y no en las urnas; desde el principio simplemente no hubo alternativa a la hegemonía del grupo revolucionario, pues la oposición de derecha perdió la guerra y la de izquierda fue neutralizada por las reformas de la revolución. En esas condiciones, los procesos electorales fueron meras formalidades: no había opción, y cuando la hubo por

divisiones internas de la "familia revolucionaria", los votos los contó el que tenía la fuerza, y los contó a su favor.

A partir de los años treinta, la presidencia y el partido de Estado nacido para administrar el poder y no para competir por el, fueron los dos goznes sobre los que giró el poder político en México. La legitimidad de este poder fue una que podemos denominar "práctica", derivada de la capacidad presidencial para dar respuesta, aunque fuera parcial, a las demandas de todos los intereses con capacidad de ejercer presión. En palabras de Edmundo González Llaca, la legitimidad del presidente y su partido se basó en su capacidad y voluntad de llevar adelante "pequeñas reformas sociales que pretenden satisfacer las demandas populares sin menoscabar los intereses de las minorías que detentan el control económico y político" ("El presidencialismo o la personalización del poder", Deslinde, N.69, 1975,p.19). Es por ello que presidencialismo y buen funcionamiento del modelo económico de sustitución de importaciones fueron sinónimos; cuando el primero falló el segundo quedó sin sustento.

A partir del desmantelamiento de la versión mexicana del "Estado de bienestar" en los años ochenta, de la colocación del mercado en el centro del proceso de asignación de recursos, y de la implantación de un modelo económico globalizador pero incapaz de absorber a la nueva mano de obra que buscaba empleo, las "pequeñas reformas sociales" con que se había hecho frente a las demandas populares, se hicieron cada vez mas escasas. El resultado fue la rebelión de las urnas del 6 de julio de 1988.

La Restauración Temporal.

Mediante el macroendeudamiento externo, el ingreso de recursos extraordinarios a las arcas federales por vía de privatizaciones y un uso inteligente e intensivo de la propaganda política, Carlos Salinas pudo dar forma al Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). Este programa pareció revitalizar a la presidencia, pues le permitió temporalmente volver a dar respuesta a algunas de las demandas más urgentes de los sectores populares. Fue un programa muy bien pensado en función de las necesidades electorales de la presidencia, y que en las elecciones de mediados de sexenio (1991) hizo suponer que el partido de Estado había logrado recuperarse de la caída del 88.

En la nueva situación, algunos de los intereses económicos beneficiados por las políticas proteccionistas del pasado fueron severamente afectados, en especial la pequeña empresa. Sin embargo, la privatización, la protección selectiva y el gran flujo de capital externo, logró que el presidente contara con el apoyo casi incondicional de la nueva y vieja minoría que detentaba el poder económico. La acumulación y concentración de la riqueza en unas cuantas familias, dio un salto cualitativo respecto al pasado, y este gran capital -interno y externo- respaldó incondicional y eficazmente a la presidencia salinista.

Finalmente, los golpes espectaculares dados por el presidente Salinas al liderazgo sindical tradicional, a varios gobernadores y la marginación de varios políticos tradicionales, hicieron que la clase priísta se sometiera a la voluntad del presidente y sus tecnócratas.

El Fin del Espejismo.

Como un enfermo grave que parece mejorar poco antes de morir, así se comportó el presidencialismo bajo la batuta de Carlos Salinas. A final de cuentas, el nuevo modelo económico basado en los flujos de capital externo especulativo mostró su gran Talón de Aquiles al final del sexenio salinista: el sector externo. La rebelión zapatista de enero de 1994 mostró los límites del Pronasol, y los asesinatos posteriores en la cúpula de la élite del poder político - Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu- mostraron las resquebrajaduras dentro del partido de Estado.

Una economía y una política pendientes de delgados hilos se vino abajo a los veinte días de iniciado el gobierno de Ernesto Zedillo. Hoy el presidencialismo tradicional apenas si tiene puntos de apoyo.

Sin la legitimidad "práctica" del pasado, con una gran carga histórica de fracasos y corrupción, con un descrédito internacional en ascenso aunados a una deuda social enorme y creciente, el neoliberalismo muy bien puede resultar ser la fase final del autoritarismo mexicano. Sin embargo, ese resultado no es automático, los actores sociales democráticos deben aumentar su presión para llevar adelante la transición mexicana. Sólo así no será en vano el terrible sacrificio social de los últimos dos sexenios... y lo que aún falta